

ESCENAS DE FAMILIA.



El casamiento cristiano.

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 7.

UN DIA DE FELICIDAD.

.....la eternidad en un momento;
en una sensación á lo infinito.

El 22 de setiembre último, hácia el anochecer, me dirigí á la catedral impulsado por un sentimiento misterioso que despertó en mi corazón el continuo clamor de las campanas anunciando la vigilia de la patrona de esta ciudad, antigua capital de la España oriental de los romanos.

Las naves de la metropolitana estaban iluminadas *a giorno*, como se dice en lenguaje culto, y multitud de fieles de ambos sexos penetraba en la iglesia por las tres grandiosas puertas que el sol mira siempre de frente. La armonía del órgano, de ese sagrado instrumento, por medio del cual se habla al Rey de los Reyes en un idioma de melodías, alternaba con el marcial estrépito de una numerosa orquesta, y cien voces graves entonaron el magnífico *psalmo* de David, cuya poesía expresa la fé viva del Real profeta, cuando perseguido por sus enemigos, puso su causa en manos de Dios.

Cum invocarem exaudivit me Deus justitiæ meæ; in tribulatione dilatasti mihi.

Cantó el coro, y dije yo al Señor:

—Cuando invocaba al Dios de justicia, el Señor oyó mi voz; y me socorrió en mi tribulación.

Miserere mei et exaudi orationem meam.

Prosiguió el coro y yo traduje.

—Señor, apiadado de mi dolor y oíd mi oración.

Los sacerdotes continuaban:

Signatum es super nos lumen vultus tui Domine: dedisti lætitiám in corde meo.

Yo exclamé:

—Sellada está en mi corazón la luz de la felicidad de tu rostro: has inundado de tu propia alegría á mi alma:

El coro añadió.

In pace in idipsum dormiam et requiescam.

Quoniam tu Domine singulariter in spe constituisti mihi.

Y mis labios murmuraron:

—En paz viviré y dormiré contigo.

—Porque tú, gran Dios, me has dado la esperanza, y la has cumplido.

Aquella sublime inspiración del Pastor de Bethlehem, que la piedad ha colocado en esos cánticos nocturnos de las grandes festividades cristianas, estaba tan acorde con mi interior, que creí que se celebraba para mi dicha la ceremonia, y que las Completas de la mártir Laodicea eran el complemento de mi esperanza.

Cuando el coro concluyó de modular el primer *psalmo* en ese tono magestuoso que ha adoptado el ritual romano, la orquesta preludió la entrada del otro *psalmo*, que cantaron cuatro voces, desde el sonido agudo del *soprano* hasta la nota profunda de ese bajo solemne que llaman *sochantre*.

Mil personas postradas sobre las baldosas recibieron la bendición que en aquel momento dió el prelado, y el mas religioso silencio dejó oír las palabras de paz, que en nombre del Altísimo, dirigió el pastor á sus ovejas.

El órgano entonces substituyó su armonía á la de la orquesta, y el coro dió principio al espresivo cántico de Simeon; melodía de cisne, de aquel sacerdote de Jerusalem,

que, en el día de la Purificación, dió gracias al Señor por haberle cumplido su promesa.

Aquel cantar era una profecía de la Biblia en la historia del pueblo amado de Dios, y reflejaba en mi corazón, como en un espejo, otra profecía de felicidad en la existencia de mi futura esposa.

El bronce de la torre volvió á lanzar sus clamores al espacio y la multitud salió del templo.

Las luces fueron apagándose sucesivamente; los ministros se habian despojado de su ropa talar; cerráronse una tras otra las puertas de la catedral; una que otra lámpara quedó encendida en los altares y la magestad del silencio reinó en el interior del templo.

Dieron las once en el reloj y sus acompasados golpes me encontraron recostado contra una de las grandes columnas del crucero.

¿Qué hacía allí? Lo ignoro. ¿En qué pensaba? En ella. ¿Qué sentía mi corazón? La esperanza de que pronto sería mi esposa. ¿Cuántas horas pasé en aquel éxtasis de amor y de deseo? No lo sé.

Paréceme que en aquella noche medió un minuto de lo infinito, y mi mente no es capaz de comprender al tiempo desde el dichosísimo siete de agosto, en cuya fecha principié mi existencia en el mundo de la felicidad.

Solo, bajo la inmensa cúpula de piedra, mis sentidos se habian concentrado en el espíritu y éste no percibía sino una imagen en los altares, en las sombras, y en los mayores contornos de las formas gigantescas de la catedral: todos los puntos luminosos en la oscuridad me ofrecían clara y hermosa la fisonomía de mi novia tal como la vi y me amó en el día de su dulcísima confesión—el siete de agosto. —El alma en su arrobamiento retrocedía su memoria hasta aquella fecha inolvidable; y no podía concebir la idea de que el sol y los astros no hubiesen parado su curso en aquel mismo instante de felicidad.

¡Oh tiempo! ¿Tú no existes! No eres sino el vacío de lo que no es, esperando lo que ha de ser. Cuando se llena el vacío pasó el tiempo ¿cómo comprenderlo?

Por un momento desperté de mi letargo. Empecé á pasearme á lo largo de una de las naves laterales, solo, en medio del lóbrego silencio de la noche y teniendo siempre ante mis ojos la fascinación de mis sentidos, la imagen de mi María. Era dichoso en aquella hora porque iba á finar la era de lo pasado en la mañana del otro día, uniéndome al porvenir al de otro ser, recibiendo la preciosa mano de mi prometida; y, como la noche, acabando un *ayer* de esperanza para gozar un *hoy* de felicidad en la eternidad de lo infinito: pues Dios ama á los que saben amar.

El eco de mis pasos no era turbado por rumor alguno; únicamente el aura del Mediterráneo murmuraba suavemente en las siluetas de las pirámides y el escape del gran reloj se percibía en lontananza.

Mi corazón se preparaba, por medio del recogimiento y de la oración, para hacerse digno del augusto sacramento que debía darme para mi espíritu un ángel del cielo, y para mis sentidos una virgen de la tierra. ¡Noche santa y solemne en la vida humana! La aurora del nuevo día debía darme ese dulce título de esposo para merecer con el tiempo el sagrado nombre de padre.

Sentéme en la última grada del altar de la Madre de las misericordias y abarcando de un solo recuerdo ese sombrío

horizonte, que se llama *pasado*, en un suspiro evoqué las dulcísimas fechas de mi felicidad. Siete años de amor y sin esperanza—el día de la confesion—siete de agosto la abnegacion.—Diez de agosto—el sacrificio.—Veinte de agosto—el juramento.—Diez de junio—la primera sensacion.—Diez de febrero.....

Memoria grata de un mundo entero de ilusiones, de un mar de latidos, de una inmensidad de gozo, de un porvenir de ternura y de un círculo de esperanza ¿es cierto que dentro de seis horas la bendicion del Altísimo habrá unido dos corazones que crió uno para el otro?

En el ara de Nuestra Señora habia dos pequeños jarros de porcelana dorada, llenos de flores: lilas, alhelíes, azucenas y rosas. El bajo-relieve era de alabastro, con grupos que figuraban—la Anunciacion,—la Visitacion y el Nacimiento.—Dos grandes lienzos, encuadrados en madera de rosa, representaban, el de la derecha las *Bodas de Caná en Galilea*; el de la izquierda una *Madona de Rafael* que amamentaba al Niño, teniendo á sus pies en actitud de veneracion al Carpintero de Nazareth. Este último cuadro era una obra maestra. La lámpara de plata que alumbraba aquella capilla despedía una luz blanca, cuyos rayos, como gotitas de agua, reflejaban en el pavimento de jaspe pardo que separaba las gradas de una balaustrada de hierro pintado de azul que rodeaba el zócalo del altar.

Al resplandor de aquella claridad rústica, que un día llamé *luz del silencio*, leí el nombre de *María* entrelazado con el de su esposo por medio de una cinta de color de fuego, que en letras de oro mate pendía de una lámina de bronce. En ella se destacaba una primorosa imagen de la hija de *Ana*, á la cual ofrecían una corona nupcial de rosas blancas, por el lado derecho tres niñas con alas de querubines y por el izquierdo tres niños con traje de serafines.

Postréme de rodillas ante aquel emblema del nombre de mi futura esposa, y di gracias á la Providencia por la similitud de los ángeles del cielo coronando á la Virgen del Verbo encarnado, que me recordaban las criaturas de la tierra rodeando á la Virgen de la encarnacion del amor.

Cuando á media noche me contemplé solo en el santuario de la Senora, teniendo atrás la sombra de lo pasado que trazaba un surco de lágrimas, una nube de pesares y un horizonte de dolor; observando á un lado rostros envidiosos, manos de codicia y piés de sátiros; presintiendo por todas partes almas bajas dominadas por el materialismo y cuerpos corrompidos en el vicio...., aparté mis ojos de ese mundo miserable, del cual me separa una línea de asco, y elevándolos mentalmente al trono eterno de la bienaventuranza me figuré en mi ilusion que el rostro de mi amada se dibujaba dentro de un sol suspendido en la cúpula de la capilla. La realidad mostró que la vision no era un sueño. Sobre mi cabeza se destacaba un grupo de colosales figuras en oro sobre madera blanca. Una paloma de alas estendidas sostenía con su pico una diadema de siemprevivas salpicadas de brillantes; cuarenta y ocho de color y treinta y tres transparentes. Debajo sonreía, á la luz de la lámpara sagrada, la Virgen de los cielos tal como la ideó el genio de Murillo. A sus piés el arcángel de las venganzas oprimía con sus plantas tres tipos de la malignidad que figuraban el espíritu de la ingratitud, el espíritu de la bajeza, y el espíritu de la mentira; tres malos ángeles de rostro innoble y repugnante.

Aquella sublime escultura cuyos dorados se distinguían en forma fantástica alucinaba mis sentidos presentando modificaciones que solo existían en mi sensorio.

Entonces sentí con mas vigor renacer la *fé de Agustino*, la *esperanza de Saulo* y el *amor de la Magdalena*. La Virgen de las estrellas me concedía la vírgen de los deseos, y la religion de la caridad me explicó el matrimonio de Jesucristo con su Iglesia.

Exaltado por aquellas misteriosas contemplaciones creí, confié y amé.....

—Señor, exclamé de hinojos, vos en los cielos, ella en la tierra. Vos, el Creador, ella la criatura. Vos padre, ella la hija... y esposa mía.

Momentos de eternidad en lo infinito ¿cuando principiará la hora en que sea mía? ¡Oh locura de la pasion! ¡Soy digno yo de ese rayo de beatitud que hace delirar al espíritu, palpar al corazon y que convierte la respiracion en suspiros, la voz en sollozos y á las caricias en frenesí! Es cierto, Dios mio, que no merezco la mano de esa noble criatura que tan buena, pura y tierna ha salido de vuestro seno. Mi corazon sabe amar; pero es corazon humano, y ella es un ángel.

Al hacer tales reflexiones, al reconocer mi insuficiencia para ser amado por la hermosa María, abundantes lágrimas cayeron sobre mis mejillas.

El que no ha llorado es porque no es capaz de amar. La supersticion del alma es parte de su ternura; sus sencilleces son las flores de vida; y el presentimiento es hijo de un corazon apasionado, pero las lágrimas son el fruto del verdadero amor, el que no sabe sentir es incrédulo y hasta impío: el que es muy sensible es ciego como la fé. Hay sensibilidades tan esquisitas que presienten los golpes de su existencia íntima: son corazones que viven dentro de otro y mueren con él.

Los minutos y las horas van pasando.....

Son las cuatro de la mañana.—La aurora asoma poco á poco al oriente y los vapores de la noche, arremolinados en anchas franjas de color rosado, se disipan lentamente en los espacios.

La colosal *Tomasa* vibra los graves toques de la oracion y ábrese al fin las puertas de la catedral.

Poco momentos después oí á lo lejos el roce de la estera del cancel y creí era el viento que repetía el *Ave Maria*.

La oscuridad continuaba en el interior del templo.

Percibí en seguida un lijero frote de ropa en la reja y me figuré eran las cortinas azules movidas por el céfiro.

Mi corazon principió á latir con fuerza.

Sentí pasos suaves, tardos é iguales, que se dirigían hacia mi lado; pasé el pañuelo por mis ojos para enjugar la última lágrima; alceme de la grada, miré atrás....

¡¡Era ella!!

Un relámpago, una alucinacion, una vision..... no, ¡una realidad!

¡Ella! ¡Ella!

En el surco luminoso, que formaba el resplandor de la lámpara, destacóse una forma magestuosa como el ciprés, alta, vestida de negro, cubierta su cabeza con un velo de blonda diminuta; figura de talle ondeante y lleno que hacia resaltar bien marcadas las líneas de su cuerpo; sus manos unidas en cruz cenían un ramillete de rosas blancas.

¡Era ella!

Ya fuese por la oscuridad, ya por su contemplación, ó por respeto, pasó la arrogante novia á seis pasos de su prometido, sin dar á comprender que le hubiese visto.

Sin alzar los ojos al llegar al pié del ara se arrodilló; depuso con modestia el ramo de flores en manos de la Virgen y quedó inmóvil, grave, silenciosa como si sus labios quisiesen murmurar una imperceptible armonía de sonidos, que no llegaban á ser palabras, ni voces articuladas: eran una plegaria, dulce como el suspiro del aura, pura como el rumor de una fuentejilla, y divina como el trino lejano del ruiseñor.

¡Oh sublime Rafael de Urbino! ¿Dónde está el pincel con que dibujastes la imagen de la Virgen? Inmortal Torswalden ¿á quién has dejado el cincel para modelar á Minerva? Sensible Petrarca ¿qué has hecho de la pluma que escribió los sonetos á Laura? Malogrado Bellini ¿de dónde evocastes las melodías de los druidas? ¡Oh! solo vosotros, genios colosales, sois capaces de pintar, esculpir, cantar y modular la muger en su forma, al ángel en su pureza, y la divinidad en su esencia.

Conforme la luz del día iba penetrando á través de los cristales colorados de las ventanas, también se iban distinguiendo los contornos de aquella joven, encarnación de la espuma del mar sombreada por el resplandor de la luna; de aquella muger, condensación de los rayos del sol en rostro vivo, semicubierto por nubes de oro y rosa, de aquella novia, tipo perfecto de la ternura, parecida á una copia real de la Diana antigua, ó á una sílfide soñada en un foco ardiente de en medio del *Arco Iris*.

¡Era ella! Era la ilusión de todos los deseos humanos concentrados en una mirada, en una sensación, en un ser vivo con forma de muger. Un rostro oval como Elena, bello como la Sulamites de Salomón; celestial en su hermosura, humano en sus sentidos: ojos indefinibles que atraen el espíritu á los labios y consumen al corazón en un rayo de voluptuosidad.

Un sacerdote llegó á la capilla durante mi éxtasis. Arrodillóse á un extremo del altar y luego se sentó en ese banco de la misericordia divina, desde el cual Dios envía su gracia á los que la han perdido y se humillan contritos.

La encantadora criatura se postró á las plantas de ministro, juez todo poderoso en el tribunal de la penitencia, y por espacio de una hora abrió el libro de sus pensamientos, palabras y obras.

¿De qué podía acusarse mi linda prometida si era la inocencia personificada?

Involuntariamente me arrodillé al otro lado del confesionario y cuando ella se retiró á las gradas del presbiterio, á mi vez presentéme al sacerdote. El corazón solo pudo confesar su fé.... por ella; su esperanza.... en ella; su voluntad á ella sola.

El anciano ministro, movido por la piedad ó por el deber, al darme su bendición me dijo:

—Hijo mío, ama, respeta y adora á tu noble esposa. Es la mas digna de las mugeres; ha sido demasiado buena entre las hijas, y será la mejor de las madres.

Pasaron unos momentos imperceptibles: los mas solemnes, los mas dulces, los mas grandes de mi vida.

María estaba á mi izquierda; los dos de rodillas ante el sacerdote vestido de blanco con la estola de oro en el pecho, y dió principio á aquella grave ceremonia que santifica al amor.

Un rayo del sol que atravesó el cristal encarnado de las celosías reflejó en el artesonado de la cúpula, iluminando la Paloma mística que aleteaba sobre la Virgen; el órgano lanzó sus armonías á las sagradas bóvedas, y al parecer un coro de ángeles entonaba cánticos de felicidad.

El eco repetía en mi corazón las palabras del ministro: Amable como Raquel.

Hermosa como Rebeca.

Fiel como Sara.

Y jurando ante Dios respetarla, amarla y adorarla esclamé entre suspiros:

—Señor, no soy digno de ella. Pero dádme por esposa y os prometo hacerme merecedor de esta gracia, reconociendo en vos al Creador y en ella á vuestra hija predilecta.

El sacerdote leyó:

—Jesucristo amó á su esposa la Iglesia, sufriendo por ella el martirio de la cruz.

Respondió mi corazón:

—Como Jesucristo amaré.

Y dijo el ministro:

—El hombre abandonará padre y madre, uniéndose con su consorte en una sola carne.

Respondió mi corazón.

—Mas la amo todavía.

Y añadió el sacerdote, volviéndose á mi lado.

—Vos, hijo mío, ¿quereis por vuestra legítima esposa á María aquí presente?

Y mi corazón, saltando de impetuosidad, hizo balbucear á mis labios:

—Sí, sí, sí; siempre suyo; suyo, suyo en todo y por todo.

Y el ministro preguntó á la joven:

—¿Vos, hija mía, quereis por vuestro legítimo esposo á... aquí presente?

Oyóse entonces una voz dulcísima como las arpas eolias, mas que los cantos del cisne, casi tanto cual la melodía de Gabriel en la hora de la *Anunciación*, que dijo clara y armoniosa:

—Le amo, señor; soy suya. Todo mi ser, mi fé y mis deseos son por él y para él solo. He de ser suya, porque él no puede existir sin mí, ni yo sin él.

—Sí.... quiero ser su esposa en carne y espíritu.

El sacerdote bendijo aquel lazo de amor; la paloma de oro de la cúpula al parecer batió sus alecitas; el órgano entonó la creación de Haydn, el sol lució en el espacio sin nubes.... y Dios, por intercesión de su Madre, envió á los esposos un rayo de aquella beatitud, de la que solo gozan en la tierra los seres privilegiados.

Era el 23 de setiembre

J. F.

ESTUDIOS HISTÓRICO-RELIGIOSOS.

SANTA TERESA DE JESUS.

EL CARMELO.—LOS CARMELITAS.—LA REFORMA.—ESCRITOS DE SANTA TERESA.—VIDA DE LAS CARMELITAS.

Por piadosa tradición, que aunque refutada por la ciencia histórica no por eso tiene menos un carácter eminente-

mente religioso, el instituto de los carmelitas se remonta al del Carmelo y en cierto modo á una antigüedad enteramente bíblica. Sería preciso subir para descubrir su origen hasta la época de los profetas: sus verdaderos fundadores serían Elías y Eliseo; en fin; según los analistas de la orden, el Monte Carmelo, uno de los llanos del Líbano en Palestina, cadena de montañas que cierra la frontera meridional del país de Galilea, sería la verdadera cuna de este instituto. Dicen también que los fieles visitan todavía allí con gran veneración una gruta que pasa por haber sido habitada por el profeta Elías.

No se sigue precisamente de aquí que se deba creer al pie de la letra que la institución propiamente dicha de los carmelitas date de tan remotos tiempos; empero, penetrándose piadosamente del espíritu verdadero y santo de esta orden religiosa ¿sería tan difícil encontrar en las antiguas soledades del Monte Carmelo en Siria, el tipo venerable del místico Carmelo, instituido por el cristianismo para honrar la Santa Virgen? ¿No se puede creer que fatigados de la vida licenciosa del siglo los primeros cristianos que pasaron sus días en la soledad, arrancándose voluntariamente al lujo de las ciudades para vivir en comunicación con Dios, tomaran por modelo al santo profeta Elías huyendo en otro tiempo la corrupción de Israel? Para prestarse á esta creencia tan poética como piadosa no es preciso un grande esfuerzo de imaginación.

El mundo, tan ardientemente apegado á los bienes de la tierra, tan indiferente, tan frío, tan desdenoso con los bienes del cielo, tiene la desgracia de no querer comprender estas cosas que son del dominio de la fe, y se desquita de su ignorancia funesta con sarcasmos y burlas. ¡Oh! ¡qué diferente sería su lenguaje si tocado de la gracia del Altísimo pudiese formarse una verdadera idea de la inefable felicidad que en medio de las austeridades y mortificaciones de toda especie, acompaña constantemente la vida religiosa objeto de su desden y de sus calumnias!

El divino Redentor había dicho: mi reino no es de este mundo; y no contento con formular esta augusta verdad quiso sellarla con su preciosa sangre, y esa sangre vertida gota á gota por la salvación del mundo nos trazó por decirlo así la vía única que puede conducir á ese otro mundo, sede de ese reino eterno que ha prometido á los justos. Los preceptos de su sublime doctrina no tuvieron otro objeto. Todos los actos de su vida mortal desde su nacimiento en el pesebre hasta su muerte en la cruz, fueron los verdaderos modelos de la perfección cristiana. Su pobreza, su resignación, su abatimiento, los padecimientos y angustias de su muerte eran sublimes enseñanzas: los azotes, la hiel que le dieron á beber en la cruz, las espinas con que le habían coronado y otras mil circunstancias de su divino sacrificio, ofrecían otros tantos símbolos elocuentes de los deberes que había venido á imponer al mundo al regenerarle. Era manifiesto que para conformarse á su ley, para corresponder á la inmensidad de su amor, para merecer, en fin, las magníficas recompensas prometidas á sus escogidos, era preciso, en cuanto lo permitiese la debilidad de nuestra naturaleza, imitar en todos los casos los ejemplos del Hombre-Dios.

De este principio de santificación, principio que constituye la base de todas las virtudes evangélicas han emanado diversas órdenes religiosas. Cuanto mas austeras son las reglas, mas conformes están con el espíritu de penitencia

enseñada por el Divino Maestro y con mas amor se someten á ellas las almas para alcanzar la perfección de su celeste Maestro.

Entre todas estas órdenes se distinguió la del Carmelo en todos tiempos por el régimen religioso puesto en vigor en sus monasterios.

No serán vanas tradiciones las que invocaremos aquí sacadas de la noche de los siglos antiguos; no serán esas creencias sin fundamento apenas que la burlona impiedad puede relegar al número de las fábulas; por maravillosos que sean los hechos que vamos á citar, no pueden ponerse en duda.

Según la docta y piadosa colección de los Bolandistas, el orden del Carmelo no tuvo nacimiento sino á fines del siglo XII. En aquella época Bertoldo de Calabria, valeroso caballero de Godofredo de Bouillon, vino á fijarse con muchos de sus compañeros de armas, sobre la montaña del Carmelo y allí fundó una cofradía de ermitaños, á la que Alberto, patriarca de Jerusalén, dió una regla que entre otras prescripciones obligaba á los religiosos á permanecer en sus celdas y entregarse allí día y noche á la oración y á no tener nada propio. Estos piadosos cenobitas debían consagrarse también á la penitencia, abstenerse de carne en todo tiempo, observar el mas religioso ayuno y un silencio casi absoluto. Vestían una túnica de sayal pardo y sobre ella llevaban una capa blanca á imitación de la que Elías había arrojado á su discípulo Eliseo al subir al cielo. Tales fueron los principios de los carmelitas.

En el siglo XIII, arrojados de la Tierra Santa por las persecuciones, vinieron á buscar un asilo en el Occidente. Muy pronto Italia, Francia, Inglaterra y Alemania poseyeron colonias de su orden, y el papa Inocencio IV, tomando en consideración su nueva posición, modificó su regla en muchos puntos, manteniendo sin embargo, la severidad de los primeros estatutos.

No se trató de los carmelitas sino hacia mitad del siglo XV. Juan Loreth, vigésimo sexto general de la orden, considerando que era una cosa indigna el que las órdenes medicantes tuviesen mugeres que observasen su reglas y que solo el Carmelo no las tuviese en su orden, obtuvo del papa Nicolás V, los privilegios necesarios para esta nueva institución, y fundó cinco casas para las carmelitas.

No tardó el cielo en derramar nuevos favores sobre la piadosa montaña. Una muger, una noble española que sus numerosos méritos han colocado en las filas de las mas grandes santas, y sus talentos en la categoría de los sabios, Teresa de Céspedes, inflamada de esa voluntad fuerte que solo dá el amor de Dios, emprende reformar radicalmente la orden de los carmelitas en España, su patria. No se necesita mas que nombrar á Santa Teresa para dar una grande idea de la virtud y de la perfección cristiana.

II.

Nació en la ciudad de Avila en 28 de marzo de 1515 y fué hija de don Alfonso Sanchez Céspedes y de doña Beatriz de Ahumada, ambos de esclarecido linaje. Nueve hermanos y dos hermanas componían con ella una familia patriarcal, entregada continuamente á piadosas lecturas, que unidas al ejemplo de una madre cariñosa y adornada de la mas acrisolada virtud, sembraban en aquellos tiernos corazones puros

instructivas semillas que debían producir con el tiempo abundante cosecha de santidad evangélica.

No nos detendremos en la relación de los acontecimientos de los primeros años de nuestra heroína; nuda por el mas puro afecto á su hermano Rodrigo, entreteníase en construir en el jardín de su casa altares ó ermitas, y en pedir al cielo le permitiese pasar al reino de Granada, á fin de tener una ocasión de derramar su sangre en testimonio de la fe. Perdió á su madre cuando apenas contaba doce años, é inspirada por un intenso dolor, se postró al suelo delante de un retrato de la virgen María, y confió á esta la tutela de sus días.

Doña Beatriz, tan piadosa como instruida, y tan instruida como bella, no había llevado en sus recreos la austeridad hasta el punto de negarse á la lectura de novelas y romances, y sin considerar las consecuencias de un entretenimiento tan peligroso cuando no está bien dirigido, había admitido en él á la joven Teresa. Resultó pues, que desde el punto en que esta careció de los prudentes consejos de su madre, se entregó día y noche al placer de aquella seductora lectura. Ya su espejo la había dicho que era hermosa y no tardó en dar oídos á las insinuaciones de la coquetería, que se le presentaba con los mayores atractivos por el ejemplo de una prima suya, hasta que asegurada de los honestos fines de un pretendiente á su mano, así como de su notable condición, anudó el principio de una intriga amorosa, que no supo ocultar á la vigilancia de su padre: éste la puso en un convento.

Entró en él la bella Teresa con un disgusto al parecer invencible de la vida monástica, y salió, si no con un sentimiento contrario, al menos sin aversión á sus prácticas: esta modificación en sus ideas, fué también la primera concesión de un alma que el Eterno se había propuesto conducir al seno de su alta providencia, y el mismo esmero con que la joven doncella procuraba agradar al mundo, sirvió de instrumento para su gloria. Un tío que tenía, honrado caballero, que quería consagrar al claustro el último tercio de su vida, pidió á Teresa que leyese las cartas de San Gerónimo, y ella, condescendiente y amable, fingía tener en esta lectura un contento que seguramente no experimentaba: y sin embargo, la unión de aquellas epístolas conmovía insensiblemente el alma de la virgen predestinada y fructificaba en ella como el grano que cae por descuido en un sendero y que produce un florido arbusto. Volvió pues al convento el año de 1535 y recibió el velo emblema de su unión mística con Dios; pero un alimento desusado, una oración continua, una existencia tan distinta de su vida pasada, alteraron ya su delicada salud, y desde entonces comenzó para ella una serie de padecimientos físicos, entre cuyos dolores aspiraba á subir la áspera y dura senda que conduce hasta la deliciosa cima de la Jerusalén celeste.

No en vano repetía la doncella sin cesar: «*jó sufrir, Dios mio, ó morir!*» El cáliz de sus amarguras se llenó hasta los bordes; pero su resignación invencible en medio de tantos dolores, su ardiente fe llenaron de admiración profunda á un joven sacerdote y le hicieron abandonar la criminal inclinación en que vivía enredado. Esta conversión fué un bálsamo para los males de Teresa, en cuyo cuerpo no había parte que ligeramente tocada no le produjera agudísimos tormentos; sus nervios se hallaban horriblemente contraídos, y de todos los miembros no podía mover mas que un dedo.

Esta vislumbre de vida pareció extinguirse también: su sepultura estuvo abierta veinte y cuatro horas, y cuando recobró el uso de los sentidos tenía pegados los párpados de los ojos con la cera de una bugía que habían acercado á ellos para asegurarse de su muerte. Condújola su padre á los baños, y si cuando volvió no era un cadáver, tampoco podía pasar por un cuerpo animado, y después de seis meses de una impotencia absoluta, se creyó dichosa en poder arrastrarse para andar con las manos y las rodillas. Devolvió el cielo á Teresa, aunque no completamente, la salud ansiada para que la debilidad del cuerpo no se opusiese á la oración y al martirio, pues por espacio de veinte años nada pudo comer antes de medio día sin arrojarlo, viéndose obligada todas las noches anteriores á los días en que debía comulgar, á procurarse un vómito artificial por medio de una pluma mojada que introducía en su garganta.

Hallándose en el mas fuerte período de su enfermedad hizo Teresa voto solemne de observar la regla de la orden con toda la rigidez de los primeros tiempos, y de fundar un monasterio, en el cual se pudiese morir para el mundo del mismo modo que lo hacían las santas religiosas del Monte Carmelo: supose su designio, y se levantó contra ella una tempestad de murmuraciones y de bufonadas, porque toda la orden vió en este retroceso hacia la antigua disciplina una injuria á los demás conventos, en los cuales reinaba entonces la regla de la observancia moderada. La municipalidad de Avila convocada para dar su dictámen acerca de las ventajas ó inconvenientes del establecimiento del nuevo monasterio, se mostró contraria á él, y el provincial, cediendo al torrente de la oposición revocó el permiso. Teresa continuó sus esfuerzos á pesar de tan terribles obstáculos, implorando, como San Pedro, el auxilio de su divino Maestro, y por último después de dos años de fatigas y de inquietudes, sin socorro humano, ni un maravedí para los gastos precisos, consiguió que llegasen las bulas del papa Pio IV, y consagró bajo la advocación de San José, una casita, dando el velo á doce religiosas, que abrazaron el voto de no tener mas que á la Providencia por sustentadora, unas sandalias por calzado, y un poco de paja por lecho. El perfume de santidad que esparcía el nuevo monasterio inspiró á otras ciudades un vehemente deseo de poseer otros de la misma regla, y no tardaron muchos años en evanecerse Medina del Campo, Valladolid, Palencia, Burgos, Salamanca, Segovia y Sevilla por haber adquirido conventos fundados por la misma Santa Teresa. La aspereza del camino se había suavizado ya para nuestra heroína, si nos es dado decirlo así: priora de su monasterio no dependía tanto como antes de voluntades ajenas, y el nuevo nuncio apostólico, favorable á sus designios, le confería estensos poderes, añadiendo que deseaba que se multiplicasen aquellas reformadas como los cabellos de su cabeza. Con todo, tenía que luchar contra su propia vejez, contra una fiebre crónica, contra los impedimentos suscitados por los adversarios de la regla, y contra otros mil obstáculos que sería prolijo enumerar.

Tuvo, sin embargo, antes de morir el consuelo de ver elevarse sobre las bases de su reforma diez y siete monasterios de monjas y quince de religiosos, pues también había obtenido poderes para instituir carmelitas descalzos, cuya orden tuvo principio en Dornelo con los dos cenobitas Antonio de Jesus y el bienaventurado San Juan de la Cruz, bajo el priorato de este último y con la disciplina de una re-

gla que la misma Santa Teresa les había redactado. Hallábase esta en Palencia, y allí experimentó el mayor placer de su vida con la noticia de la decisión del capítulo reunido en Alcalá á costa del rey don Felipe IV, que veneraba á Santa Teresa, decisión que puso el sello á sus fundaciones, separando bajo la autoridad de dos provinciales independientes las órdenes de la observancia mitigada y de la estrecha observancia.

Volviendo de Burgos á su convento de Avila, quiso visitar la casa religiosa de Medina; pero volcóse el carruaje, y tuvo que detenerse en Alba de Tormes. Conducida al convento de sus carmelitas, pasó los primeros días de su última enfermedad en incesante oración. Agotáronse sus fuerzas por una terrible disenteria, y habiéndole preguntado el lugar en que quería que se depositasen sus despojos mortales, respondió: «¿Hay en la tierra cosa alguna que me pertenezca? ¿No habrá quien me preste algunos pies de tierra?» La enfermedad había paralizado todos sus miembros, á escepcion de los ojos y la lengua, y cuando la llevaron, bajo el velo de la Eucaristía, á su divino esposo, exclamó con alegría: «Venid, Señor; gracias os doy, porque habeis senalado la hora en que vuestra sierva deje este destierro.» Sosteneda por una carmelita permaneció el último día de su existencia desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, con los ojos clavados en un crucifijo: su alma, libre de las ligaduras mundanas, voló á saborear una felicidad, cuyas primicias había gustado mil veces en éxtasis arrobadores.

Murió el día 14 de octubre de 1582, que coincidió con la introducción del calendario Gregoriano, y fué depositada el 15, el cual celebra la Iglesia, habiendo tenido especial cuidado en inscribir ante todas las fiestas del mismo día los honores que decretó á Santa Teresa, beatificada en 1614 por Paulo V, y agregada al número de los santos en 1622 por la bula de Gregorio XV, al cual se unió Urbano VIII para conceder á la virgen de Avila, un título especial en su sexo; el de doctora de la Iglesia. Un año despues de su muerte, fué reclamado el cuerpo por su ciudad natal; halláronlo en un estado de conservación perfecta, fenómeno que cuatro años despues, edificó de nuevo á los fieles, cuando el famoso duque de Alba obtuvo del papa que la preciosa reliquia fuese devuelta á su primera sepultura.

La nación española, la patria de los Pelayos, adoptó á la virgen de Avila por su segunda patrona, al lado de Santiago el Mayor, cubriendo con su católico estandarte al apóstol de quien recibió la vida de la fé, y á la carmelita á quien dió la vida de la naturaleza.

III.

En vida de Teresa, contaba España con insignes y santos varones que la Providencia le había deparado para garantizar al pueblo católico por excelencia contra las irrupciones de la heregia. San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, el bienaventurado Juan de la Cruz, y el célebre monge dominico Banel fueron amigos de Santa Teresa, la que por obedecer al último, escribió su Camino de la perfección. No fué ésta, sin embargo, su primera obra, pues á ella precedió la historia de su vida y la de sus fundaciones monásticas.

El sentimiento, las imágenes, los giros altamente poéti-

cos, no son en la historia de la doctrina de la Iglesia vanos recuerdos buscados de intento para ostentar mérito literario, para agradar ó para seducir: aquel libro es una relación seguida de los afectos del alma, un cuadro en que el alma llora á los pies del Criador; narración ingenua que revela todos los pensamientos de la Santa, y que por el candor que respira, ha merecido el título de confesiones; historia mil veces comenzada, mil veces interrumpida, y vuelta á seguir, sin que su autora tuviese tiempo ni aun para leer las últimas páginas que había escrito: exhalaciones puras del corazón en que el estudio tuvo tan poca parte, que el manuscrito autógráfico conservado en el Escorial, no contiene la menor enmienda. No se busquen en la vida de Santa Teresa las agitaciones de un alma indecisa entre su Dios y el mundo, porque no se encontrarán: aquellas hojas contienen toda la dulzura de su fervor infantil, las faltas de su adolescencia, época en que la coquetería cruzó por su mente sin dejar en ella señal de sus estragos, y la viva pintura de las enfermedades crueles con que el cielo quiso probar su heroica paciencia. Despues llegan los singulares favores divinos, que recompensaron sus padecimientos en la oración, y dieron nuevo impulso á los progresos de su piedad; añádanse á estos favores la incertidumbre dolorosa entre una conciencia persuadida de la realidad de sus visiones y la incredulidad de su director, que solo veía en ellas la ilusión de un espíritu débil engañado por una santa locura, y por último, la repugnancia de un tierno corazón á romper los lazos de sus inocentes afecciones, que presentaban en el claustro á su imaginación los encantos mundanales.

Santa Teresa oyó de su Dios el precepto de que no hablase con los hombres, porque la tenía destinada para conversar con los ángeles, y en todas sus conferencias le responde ella con toda la amable libertad de una esposa adorada. He aquí el secreto de esa melancólica y tierna dulzura que descubren los escritos de la virgen de Avila, de esa brillante imaginación que se revela en el espinoso campo de las discusiones teológicas; he aquí por que se encuentra muchas veces una poesía sublime en unas páginas, en las cuales se esperaba hallar un ascetismo riguroso. Y sin embargo, la idea primordial de la incesante presencia de Dios resalta en esas obras con tal fuerza de raciocinio, con tan verdadera unión, con tan firme fé, con tan inimitable elocuencia, que la oración es la precisa consecuencia de tan deliciosa lectura. Pregunta la doctora: «¿por qué la humildad es una virtud tan agradable á Dios?» Y responde sin vacilar: «Dios es la verdad, luego caminar humildemente es caminar por la senda de la verdad, por la senda de Dios, porque el hombre es todo inconstancia, imperfección, fragilidad, y sus grandezas, su gloria, sus tesoros, los favores con que le dota la misma naturaleza, tienen un fin marcado, y no tardan en convertirse en polvo.»

El cuarto en el orden de sus escritos, pero uno de los primeros, segun opinión de algunos sabios, es la *Fortaleza del alma*; obra que compuso obedeciendo á Gerónimo Gracian, uno de los hombres á quienes mas apreciaba entre los carmelitas de la nueva reforma. De su comentario sobre el Cantar de los cantares de Salomon, solo nos queda un fragmento, que por fortuna se escapó de las llamas. Santa Teresa considera la ternura del esposo y de la Sulamita como un símbolo de aquellas místicas caricias, con que el que ha dicho: «Yo soy el amor» (*ego sum charitas*) recompensa al

alma pura en los diferentes grados de la oración. Asustado su confesor al saber que la virgen inspirada se había ocupado en tan árduo y delicadísimo trabajo, exigió la destrucción del manuscrito antes de haberlo leído, y la dócil penitente obedeció sin murmurar.

En la colección de sus cartas, escritas muchas con un contento candoroso, se pinta un carácter digno de veneración y de profundo cariño, un corazón dominado por la ternura, por la humildad y por la paciencia, una confianza inalterable en las promesas divinas. ¿Qué podremos añadir nosotros al testimonio de los grandes hombres que han emitido sus opiniones sobre las obras de Santa Teresa? El venerable Palafox, obispo de Osma, dice la Biografía universal, las ha comentado con el respeto que se concede únicamente á los libros santos. Bossuet llama á la doctrina que encierran la *doctrina celestial*, y la Iglesia recomienda su lectura como una de las mas edificantes. Pureza de lenguaje, rica imaginación, innumerables galas poéticas, entusiasmo y elocuencia oratoria son las dotes principales, literariamente hablando, de los escritos de nuestra doctora: el devoto encuentra en ellos la verdadera fe, el amor de Dios en toda su grandeza y poderío; el desgraciado ejemplos extraordinarios de resignación; el rico otros no menores de desprendimiento; el pobre consuelos y esperanzas; el curioso la relación de una vida pecadora y ejemplar; el poeta fantasía; el literato estudio. En cuanto al hombre pensador no puede dejar de reconocer en esos escritos el invisible soplo de la sabiduría eterna que dictó las palabras de la virgen inspirada.

Entregada continuamente Santa Teresa á un ascetismo consolador, es sagrada como el acento de los claustros que se pierde entre ruinas, y confiando sus pensamientos á la sencilla pluma que retrataba sus deseos, es cándida y sencilla como el murmullo del arroyo que se pierde entre las flores. En las páginas de sus escritos hay una naturalidad edificante, un desalino inspirado que oculta nuevas gracias, y una verdad que convence sin recursos estudiados. Es el corazón el que habla, la pluma la que copia. No existe en sus palabras la robusta inspiración de fray Luis de León; no convierte en pensamientos religiosos los giros profanos de los clásicos maestros; es una poética sin reglas, una escritora sin modelos, porque sus deseos salen del corazón, y su pluma corre libremente á merced de la convicción. No es la Safo del amor divino: entre la querida de Dios y la menospreciada de Faon, hay la inmensidad de las creencias, hay la inmensidad del porvenir. Santa Teresa de Jesús, solo desea la eternidad: Safo el amor. Ambos corazones suspiran por un deseo; uno espera en Dios, otro en el hombre!

IV.

La vida entera de Santa Teresa de Jesús (1515 á 1582), fué consagrada á la grande obra de la reforma del Carmelo. Treinta y dos monasterios en las principales ciudades de España fueron la obra de sus manos; tuvo la alegría de verlos desarrollarse y fructificar antes de morir, digamos mejor antes de ir á contemplar eternamente cara á cara el objeto divino de un santo amor, aquel á quien en sus impulsos de piedad no cesaba de repetir: ó sufrir, Señor, ó morir.

Ahora, para juzgar de las abstinencias prestritas á las carmelitas por su admirable fundadora, penetremos por un momento en los monasterios de esas heroínas de la piedad.

Allí es donde se ven milagros de mortificaciones, de privaciones y de padecimientos voluntarios. Allí jóvenes doncellas delicadas y muchas veces debilitadas por una abstinencia sin descanso y por largas enfermedades, caminan sobre las losas con los pies descalzos. Teresa les había dado el ejemplo y el precepto. Mirad cual obedecen con humildad y con celo todas las órdenes que reciben: intentarían lo imposible, si lo imposible pudiese mandárseles, porque la voz de la superiora, ha dicho Teresa, es la voz de Dios. Estos sacrificios no son nada todavía: oid, oid esos golpes redoblados de las disciplinas que caen sobre los delicados y débiles miembros de esas valerosas vírgenes, la sangre corre, empero ni una lágrima se mezcla con la sangre. Comparad el estoicismo de los antiguos filósofos, esa virtud de ostentación y de lujo y de jactancia con la humilde y dulce resignación de las carmelitas y se comprende si se quiere la inmensa diferencia que separa la filosofía de los hombres de la ciencia de Dios.

Penetremos un poco mas adelante en esos modestos claustros donde por todas partes reina la calma y la tranquilidad mas religiosas. No hay que temer que allí se consuma el tiempo como en el mundo en conversaciones ociosas ó maldicientes; un silencio absoluto les está impuesto á las hijas de Teresa: los mas severos castigos se imponen á los que infrigen la regla en este punto. Cuentan que esas vírgenes cristianas atormentan su ingenio para reunir en ellas el mérito de la pureza al padecimiento. ¡Contemplad sus vestidos! No vereis en ellos ninguna huella, ningun vestigio de la coquetería mundana; ya lo creo; y sin embargo, á los ojos de la fe descubriréis en ellas una coquetería oculta, una coquetería cuyo refinamiento purifica el alma en lugar de corromperla; en una palabra, un adorno de sencillez y de mortificación infinitamente agradable á los ojos de Dios. Bajo esos hábitos de grosero y vil sayal, las hijas del Carmelo llevan cilicios mas incómodos todavía por los nudos, y algunas veces por las espigas de que están guarnecidos. Tal es el lujo que preside al tocado de las carmelitas; tales son los cuidados, las atenciones minuciosas que toman para complacer á Jesús, muerlo por nosotros en la cruz. Al fijar las miradas sobre el deslumbrador y refinado atavío de las mugeres del siglo, al investigar los motivos vanidosos y muchas veces culpables que las mueve, ¡cuántas tristes reflexiones no puede suministrarnos este contraste!

A pesar de tanta rigidez, la orden del Carmelo, honrada con la bendición del cielo, prosperó rápidamente. Desde España la reforma hecha por Santa Teresa fué á llevar su semilla á la Italia, á la Francia, á los Países Bajos, á todas las provincias de la cristiandad. En Francia se debe la introducción de esta orden á los esfuerzos reunidos del piadoso cardenal de Berule y de Mad. Acarfa, que abrazó ella misma este austero instituto bajo el nombre de *Maria de la Encarnación*. El primer monasterio de carmelitas fundado en esta ocasión se estableció en París, en el barrio de Santiago, en 1604. Una colonia de seis religiosas españolas fué allí á establecer la regla de la reforma: un gran número de personas piadosas, pertenecientes á las primeras familias, aguardaban su llegada para consagrarse con ellas á la vida solitaria y mortificada del Carmelo. En pocos años se fundaron nuevos monasterios en París y en otros puntos, y en ellos entraron varias personas principales, hasta de la misma familia real, y la historia de Francia recuerda el nombre de